

VÍA CRUCIS DIOCESANO

Viernes Santo 10 de abril

-En tiempo de Coronavirus-

Textos evangélicos: "Sagrada Biblia. Versión oficial de la Conferencia Episcopal Española"

Reflexiones Sacerdotes Diócesis Albacete y
Décimo Quinta Estación, Obispo de Albacete

Primera Estación: Jesús es condenado a muerte.

Pilato le dijo: «¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo autoridad para soltarte y también para crucificarte?» Jesús le respondió: «Tú no tendrías sobre mí ninguna autoridad, si no la hubieras recibido de lo alto. Por eso, el que me ha entregado a ti ha cometido un pecado más grave». Desde ese momento, Pilato trataba de ponerlo en libertad. Pero los judíos gritaban: «Si lo sueltas, no eres amigo del César, porque el que se hace rey se opone al César». (J 19,10-12)

Jesús es condenado a muerte... no se trata de un accidente, de una desagradable sorpresa, que es un peligro con el que Jesús contaba, de hecho tenía serios indicios de que su misión despertaba serios rechazos en quienes anteponen el poder al servicio, la riqueza a la solidaridad, el culto a Dios al amor al hermano. Y es que Jesús, como parte central de su misión, la que había confirma superando las tentaciones del desierto, incluso las tentaciones de evitar la parte sufriente de su misión que provenían de sus propios discípulos, sabe y ha aceptado con determinación que para ser signos de que el amor de Dios es irreversible, hay que estar dispuesto también al sacrificio. En estos tiempos de crisis sanitaria, cuando lo que se nos pide es el sacrificio de la responsabilidad y la mutua protección contra el contagio de la pandemia, deberíamos mirar esta condena de Jesús, como el aviso oportuno de que no se llega a la meta sin esfuerzo ni se construyen grandes proyectos sin desprendimiento. Pero, también nos recuerda la sentencia contra Jesús, que, por desgracia, mayor y mucho más dolorosos que nuestros sacrificios son los que sufren y por mucho más tiempo que nosotros, millones de personas empobrecidas, desplazadas de sus hogares y atrapadas en campos de refugiados. Sí, esta condena resuena en nuestros corazones no solo como la indignación contra la injusticia que Cristo sufrió, sino con la seria llamada a despertar nuestras conciencias para vivir en alerta solidaria, en un estado de vigilancia permanente contra la indiferencia que puede condenar a muerte, con nuestra complicidad, a muchos seres humanos y, con ellos, nuestra propia humanidad adormecida.

Sigue a Jesús; Él salva tu vida y la de los demás.

Segunda Estación: Jesús carga la cruz.

Ellos gritaron: «¡Fuera, fuera; crucifícalo!». Pilato les dijo: «¿A vuestro rey voy a crucificar?». Contestaron los sumos sacerdotes: «No tenemos más rey que al César». Entonces se lo entregó para que lo crucificaran. Tomaron a Jesús, y, cargando él mismo con la cruz, salió al sitio llamado «de la Calavera» (que en hebreo se dice Gólgota) (J 19,15-17)

Jesús carga con el peso de la cruz. No la arrastra, ni tampoco deja que la cruz le aplaste bajo su peso. No se hunde, no se deprime ante lo que le viene. Se levanta y empieza a caminar con la cruz.

No elegimos las cruces. Nos vienen, y tenemos que cargar con ellas detrás de la cruz de Jesús. Ahora se nos pide cargar con la cruz de la epidemia del coronavirus. Esta cruz podría aterrorizarnos, paralizarnos, hundirnos... pero vamos a cargar con ella y levantarnos. Siempre hay algo que hacer: una llamada a los que están solos, llevarles la compra o hacerles los recados a personas mayores, trabajar desde casa o al pie del cañón, compartir con los que se quedan sin trabajo, ... y rezar. Ninguna cruz es tan negativa que no guarde una gracia especial que anuncia la Pascua.

Sigue a Jesús; besa tu cruz y encomiéndate a Padre

Tercera Estación: Jesús cae por primera vez.

¿Qué es más fácil, decir al paralítico: “Tus pecados te son perdonados”, o decir: “Levántate, coge la camilla y echa a andar”? Pues, para que veáis que el Hijo del hombre tiene autoridad en la tierra para perdonar pecados — dice al paralítico—: “Te digo: levántate, coge tu camilla y vete a tu casa”». Se levantó, cogió inmediatamente la camilla y salió a la vista de todos. Se quedaron atónitos y daban gloria a Dios, diciendo: «Nunca hemos visto una cosa igual» (Mc 2,9-12)

El pintor francés Marc Chagall pintó entre 1923 y 1942 un cuadro llamado “La Caída del Ángel”. Un Cristo crucificado contempla todo el espectáculo. En él, el ángel y la tierra teñidos de rojo, son la expresión de una humanidad dolorida cuyo paso vacilante tiene más de incertidumbre que de clarividencia. ¿Quién no ha sentido tales experiencias durante estas últimas semanas?

Si me hubiera preguntado Marc Chagall, le hubiera aconsejado que pintara Cristo, cayendo, más que crucificado. Porque el Nazareno Jesús, cayó. Y tuvo que aprender de su humanidad a caerse, a condolerse y a levantarse.

Y es que, la cruz, nos hace caer. Y en ese tránsito sentimos que ella nos aplasta y que la tierra con la que nos encontramos nos hiere.

Estoy seguro de que Jesús nunca hubiera abrazado una cruz anestesiada, levantada como un inútil escudo vencedor de la nada.

Estoy seguro de que Jesús nunca hubiera querido sentir un cuerpo indoloro, que huye a las alturas para sanar desde arriba, mágicamente, el vacío que deja en su huida.

El caminante Jesús, sin vestiduras adasmacadas y palpando la tierra bajo sus pies, se cae, y se asume caído, y apoyado sobre sus manos doloridas y arañadas, lo vuelve a intentar como tu y como yo. Porque él, caído, tiene tu nombre, el mío y el de tantas personas.

Síguelo; no te rindas a pesar de las dificultades.

Cuarta Estación: Jesús encuentra a su madre, María.

Jesús, al ver a su madre y junto a ella al discípulo al que amaba, dijo a su madre: «Mujer, ahí tienes a tu hijo». Luego, dijo al discípulo: «Ahí tienes a tu madre». Y desde aquella hora, el discípulo la recibió como algo propio. (J 19,26-27)

En este tiempo difícil que nos toca vivir, los encuentros se reducen y no están permitidos los abrazos. Los cristianos al contemplar esta estación, queremos imaginarnos un abrazo entre Jesús y María, cuando iba camino del Calvario. Pero seguramente esto no fue posible por las circunstancias, como tampoco lo es para nosotros hoy. Pero si que hubo miradas, complicidad, amor, comunicación y encuentro. Madre haz que en estos días no dejemos de encontrarnos de diversas maneras, entre nosotros, con tu Hijo y contigo, especialmente a través de la oración. Madre envíanos tu mirada llena de consuelo, como o hiciste con tu Hijo camino de la cruz, para que a ningún hijo tuyo nos falten fuerzas para llevar nuestras cruces.

Sigue a Jesús: ama a Su madre tanto como tú amas a la tuya.

Quinta Estación: Simón el Cirineo ayuda a Jesús a llevar la cruz.

Entonces los justos le contestarán: “Señor, ¿cuándo te vimos con hambre y te alimentamos, o con sed y te dimos de beber?; ¿cuándo te vimos forastero y te hospedamos, o desnudo y te vestimos?; ¿cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte?”. Y el rey les dirá: “En verdad os digo que cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis”. (Mt 25,37-40)

Imagen caritativa y solidaria donde las haya.

Tres personajes:

Jesús. Dios y hombre que derrama Amor y Vida. Procede de un tronco y una estirpe de fe y de vida. Pero un Dios débil, que con su flaqueza propicia la dignidad y la grandeza humana; la de Simón, el de Cirene, un judío griego, hombre rural, del campo. Como la estirpe que configura nuestra Diócesis; estirpe del campo, de nobleza de lealtad, de generosidad, de señorío.

Los dos rodeados por un tercer actor, los verdugos, que ejecutan la condena y obligan a que la sentencia se lleve a cabo y se cumpla.

¡¡Cireneos todos!! ¡¡No estáis solos!!

Ante un virus verdugo que condena y obliga a ser prisioneros de nuestras propias jaulas de cemento, al que no vemos, pero que existe; Rezad y elegid la libertad que nos da el Dios de la Vida, al que no vemos pero que existe. Su Espíritu fluye como el aire que respiramos cada mañana para llenarnos de fortaleza divina.

¡No necesitamos ver para creer!

La imagen me evoca a la experiencia, ya vivida, junto a una de esas familias que han perdido a un ser querido.

¡No necesitamos ver para creer! Que en la soledad, en el breve tiempo de duelo, en el desgarrar y la crueldad de esa despedida, en estas circunstancias, nunca sentí tan fuertemente la presencia silenciosa y poderosa del Dios amigo, llamándonos del polvo de la muerte a la Vida, y a la certeza de que hay grandes abrazos que esperan su Encuentro. ¡¡Dichosos los que creen sin ver!!

Pidamos por ellos y por sus familias

Sigue a Jesús; cuando ves, que llevas demasiada carga, acepta ayuda con agradecimiento.

Sexta Estación: Verónica limpia el rostro de Jesús.

Seis días más tarde, Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan, y subió con ellos aparte a un monte alto. Se transfiguró delante de ellos, y su rostro resplandecía como el sol, y sus vestidos se volvieron blancos como la luz. De repente se les aparecieron Moisés y Elías conversando con él. (Mt 17,1-3)

Santa mujer Verónica te acercas al rostro sufriente de Jesús. Lo limpias con inmensa ternura. Eres la mujer valiente que no se deja vencer por el miedo. No te importa el juicio de los demás. No tienes miedo al ridículo. Para ti es más importante la urgencia del amor. En tu gesto, santa mujer Verónica, vemos que el amor no puede esperar; vemos que la ternura y la compasión se han de hacer gesto concreto, llamada de teléfono, palabra de aliento, cuidado a los más débiles. Tu gesto de amor, santa mujer Verónica, es para nosotros un signo de esperanza, que nos recuerda que el amor siempre será más fuerte que el sufrimiento. Tu gesto de solidaridad hoy mismo se está repitiendo con la misma urgencia en tantas y tantas manos que están cuidando de los enfermos en los hospitales, residencias o en sus casas. Cristo sufriendo en tantos hermanos nuestros. Pero las manos de tantas verónicas siguen llevando consuelo, auxilio y aliento.

Sigue a Jesús; ¡deja que Él limpie tu rostro de polvo y suciedad para que puedas brillar!

Séptima Estación: Jesús cae por segunda vez.

Al pasar vio Jesús a un hombre llamado Mateo sentado al mostrador de los impuestos, y le dijo: «Sígueme». Él se levantó y lo siguió. Y estando en la casa, sentado a la mesa, muchos publicanos y pecadores, que habían acudido, se sentaban con Jesús y sus discípulos. (Mt 9, 9-10)

Sucede la caída en mitad de camino. Cristo cae y caemos nosotros. La caída no es buscada, surge por sorpresa. Porque nadie busca caer. Porque sabemos que caer duele. En Jesús aparece también el dolor. En nosotros, además, aparece el miedo por las consecuencias que pudiera tener el golpe. Es la experiencia del pecado, de la falta de confianza en la providencia. No temamos, siempre nos veremos salvados al acercarnos a la misericordia de Dios.

Tras la caída nos ponemos en pie porque sabemos que debemos continuar con nuestro camino. Hay que seguir adelante y lo hacemos con un nuevo aprendizaje. En el camino hay piedras que pueden hacernos caer y que trastocan nuestros planes. Hoy el mundo está enfermo, y anda por un camino pedregoso. Pero tiene la esperanza de que Cristo va delante. Tiene la esperanza de que el camino llegará a su fin.

Síguelo: ayuda a aquellos que se han convencido que no hay forma de levantarse y seguirlo.

Octava Estación: Jesús consuela a las mujeres de Jerusalén.

Lo seguía un gran gentío del pueblo, y de mujeres que se golpeaban el pecho y lanzaban lamentos por él. Jesús se volvió hacia ellas y les dijo: «Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos, porque mirad que vienen días en los que dirán: “Bienaventuradas las estériles y los vientres que no han dado a luz y los pechos que no han criado”. Entonces empezarán a decirles a los montes: “Caed sobre nosotros”, y a las colinas: “Cubridnos”; porque, si esto hacen con el leño verde, ¿qué harán con el seco?». Conducían también a otros dos malhechores para ajusticiarlos con él. (Lc 23,27-31)

Jesús siente compasión por aquellas que lloran la muerte de un inocente pero que no saben que Él nos dará la vida, la fortaleza, la esperanza con la resurrección. Jesús resucitado sigue teniendo compasión por todas las mujeres de este mundo que sufren la opresión, la guerra, el abuso, la violencia...por todas aquellas mujeres que en este tiempo de epidemia están embarazadas y que están preocupadas por el seno de su vientre. Pedimos por todas aquellas que viven en la calle y que no pueden quedarse en casa por esta grave enfermedad.

Sigue a Jesús: no tengas temor de conmoverte sinceramente, de pedirle que te consuele en tu dolor.

Novena Estación: Jesús cae por tercera vez.

Por tercera vez le pregunta: «Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?». Se entristeció Pedro de que le preguntara por tercera vez: «¿Me quieres?» y le contestó: «Señor, tú conoces todo, tú sabes que te quiero». Jesús le dice: «Apacienta mis ovejas. En verdad, en verdad te digo: cuando eras joven, tú mismo te ceñías e ibas adonde querías; pero, cuando seas viejo, extenderás las manos, otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras». Esto dijo aludiendo a la muerte con que iba a dar gloria a Dios. Dicho esto, añadió: «Sígueme». (Jn 21,17-19)

Muy cerca del Calvario, Jesús vuelve a caer. "Se entregó porque quiso" dice Isaías. "Maltratado no abrió la boca, como cordero llevado al matadero, como oveja muda ante los esquiladores". Jesús se hace tan cercano a ti y a mí, que carga con tu pecado y mi pecado. Un pecado que hace feo al mundo. Que lo rompe y que lo contamina. Es nuestro desamor el que hace flaquear a Jesús camino del Calvario, abrazado con amor a la Cruz. Jesús camina loco de amor por cada uno de nosotros, para que recapitemos como el hijo pródigo. Porque lo importante no es la caída, no es el pecado. Lo importante es levantarse, volver amar, recomenzar y acercarse a Dios.

Los santos no son personas que nunca cayeron. Fueron personas que con la ayuda de Dios se levantaron con más amor que antes, siguiendo los pasos de Jesús. Él ha venido a servir con el amor de Dios.

En estos días estamos viviendo un Via Crucis en nuestra sociedad, en el mundo, en Albacete y sus pueblos. Es un momento de prueba, pero Jesús se alza para darnos la vida eterna. Dice el Papa Francisco: "Confía en Dios creador. En el Espíritu Santo que mueve todo hacia el bien. Confía en el abrazo de Cristo. Dios no vino por los sanos sino por los enfermos. Por lo tanto, también ha venido por ti. Jesús, Dios Hijo, cae para que tú y yo nos levantemos. Feliz culpa que mereció tal Redentor.

Sigue a Jesús; permite que Su Amor te acompañe y te levante.

Décima Estación: Jesús es despojado de sus vestiduras.

Se levantó y vino adonde estaba su padre; cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se le conmovieron las entrañas; y, echando a correr, se le echó al cuello y lo cubrió de besos. Su hijo le dijo: “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo”. Pero el padre dijo a sus criados: “Sacad enseguida la mejor túnica y vestídsela; ponéde un anillo en la mano y sandalias en los pies;.(Lc 15,20-22)

Jesús desnudo es imagen del gusto por ser pueblo. No son las vestiduras las que definen a la persona, es la desnudez. Jesús comenzó a despojarse al mismo nacer en una familia del pueblo. Creció despojado de todo rango social como hijo de un trabajador. Cuando tuvo que alzar la voz profética en sus tres años de vida pública no lo hizo como los letrados y maestros de la Ley. Desnudo de todo poder y riqueza evangelizó a los pobres. En la situación que nos toca vivir ante la crisis del coronavirus nuestro pueblo también se siente desnudo. Despojado de la rutina y la seguridad. Son tiempos de provisionalidad donde sentimos cerca al Cristo pobre, despojado de todo prestigio. El Señor está con nosotros, se identifica con tantos fallecidos a causa de este mortal virus. También se identifica con la desnudez y soledad de tantos ancianos ingresados. Su cuerpo sin vestiduras es una gran luz en medio de tanta oscuridad y temor. Jesús despojado de vestiduras, tienes gusto de ser pueblo. Nos enseñas a desposeer. A desaprender. A sentir lo que realmente nos falta, lo que carece nuestro ser y sólo tú puedes llenarlo en Dios. Ayúdanos a abrazar la pobreza y a sentir la libertad que solo ella puede dar.

Sigue a Jesús; pase lo que pase, siempre recuerda tu dignidad de hijo de Dios.

Undécima Estación: Jesús es clavado en la cruz.

El pueblo estaba mirando, pero los magistrados le hacían muecas, diciendo: «A otros ha salvado; que se salve a sí mismo, si él es el Mesías de Dios, el Elegido». Se burlaban de él también los soldados, que se acercaban y le ofrecían vinagre, diciendo: «Si eres tú el rey de los judíos, sálvate a ti mismo». Había también por encima de él un letrero: «Este es el rey de los judíos» (Lc 23,35-38)

Jesús crucificado. A penas podemos imaginarnos el dolor de Jesús durante la crucifixión cruenta y dolorosa. Como hoy también es cruenta y dolorosa la muerte de tantos enfermos del coronavirus en una agonía y soledad terribles. Y Jesús es crucificado en ellos, asumiendo el dolor de nuestro mundo. Jesús es cosido a la cruz por unos grandes clavos. Jesús queda fijado a la cruz. No hay Jesús sin cruz, sin sacrificio, servicio, vida entregada, dolor asumido. Y la cruz sin Jesús es insufrible porque Jesús transforma la cruz en fuente de luz y de vida.

Jesús crucificado abre sus brazos para siempre, para acogernos a todos. Y es puesto en el centro de nuestra mirada para que todo aquel que le mire con fe encuentre en Él la salvación. Él había dicho: "cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí" Y también, "igual que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre para que todo el que cree en Él tenga vida eterna". Jesús crucificado se convierte en el gran signo de la salvación, del amor absoluto de Dios al hombre. Cuando hoy tantas personas son mordidas por el virus, elevemos los ojos a Cristo que es nuestra salvación. Y cuando seamos mordidos por la serpiente de nuestros pecados no nos quedemos caídos, miremos a Jesús crucificado, y descubramos que Dios nos sigue amando. El joven apóstol san Juan nos invita a mirar al que traspasaron y descubrir en Él la fuente del amor de Dios.

Sigue a Jesús: desarma a la gente con amor.

Duodécima Estación: Jesús muere en la cruz.

Era ya como la hora sexta, y vinieron las tinieblas sobre toda la tierra, hasta la hora nona, porque se oscureció el sol. El velo del templo se rasgó por medio. Y Jesús, clamando con voz potente, dijo: «Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu». Y, dicho esto, expiró. (Lc 23,44-46)*

Jesús lo ha dado todo por ti y por mí, su sacrificio en la cruz es nuestra liberación, es lo que da sentido a nuestro dolor. La mayor oscuridad, la muerte, provoca la mayor luz, la resurrección.

En este tiempo de cuarentena están muriendo muchas personas, otras muchas están sufriendo por la enfermedad, otras por no poder dar un último adiós a sus familiares o por no poder ir a visitar a sus enfermos. Fuera de nuestra casa, en la que podemos estar cansados y agobiados por no poder salir, están sufriendo mucho más otras personas que pierden la vida, personas que sufren sin los suyos, otras que están dejándose la vida por salvar y cuidar a otros.

Te invito a que cojas una cruz, no una cruz vacía, sino con Jesús muerto. Mira a Cristo que lo ha dado todo, que ha muerto en la cruz para dar sentido al sufrimiento y a la muerte.

El sufrimiento del hombre ayuda a la redención. Hoy son muchos los que pueden seguir colaborando a la redención del mundo; tú puedes hacerlo también. Eleva una oración por todos aquellos que sufren en los hospitales, por todos los que cada día fallecen a causa de esta enfermedad, por sus familias, por los que intentan salvar vidas.

Sigue a Jesús; no guardes tu vida sólo para ti, entrégala.

Decimotercera Estación: Jesús es descendido de la cruz y puesto en brazos de María, su madre.

*Después de esto, José de Arimatea, que era discípulo de Jesús aunque oculto por miedo a los judíos, pidió a Pilato que le dejara llevarse el cuerpo de Jesús. Y Pilato lo autorizó. Él fue entonces y se llevó el cuerpo. Llegó también Nicodemo, el que había ido a verlo de noche, y trajo unas cien libras de una mixtura de mirra y áloe. Tomaron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron en los lienzos con los aromas, según se acostumbra a enterrar entre los judíos.
(Jn 19,38-40)*

La joven madre en su regazo acoge y sostiene el cuerpo muerto de su Hijo Jesús, que ternura y que misterio, la muerte no es el final. La madre que engendro la vida de Jesús, nos ofrece un nuevo nacimiento, en su regazo se expande la esperanza, ni un virus, ni una enfermedad, ni si quiera la muerte, puede parar el amor que nos ha traído Jesús, en este momento de tanta incertidumbre haz germinar en tu entorno semillas de esperanza. María la joven creyente confía en Dios que hace eclosionar, del tronco viejo de la cruz, la vida nueva de Jesús.

Seguir a Jesús; da tu vida por tus amigos y confía en sus manos llenas de bondad.

Decimocuarta Estación: Jesús es sepultado

Había un huerto en el sitio donde lo crucificaron, y en el huerto, un sepulcro nuevo donde nadie había sido enterrado todavía. Y como para los judíos era el día de la Preparación, y el sepulcro estaba cerca, pusieron allí a Jesús. (Jn 19,41-42)

José de Arimatea "compró una sábana y, bajando a Jesús, lo envolvió en la sábana y lo puso en un sepulcro, excavado en una roca, y rodó una piedra a la entrada del sepulcro. María Magdalena y María, la madre de Joset, observaban dónde lo ponían" (Mc 15,46-47)

El sepulcro de Cristo, el Hijo de Dios, es igual a todos los sepulcros de la tierra. Su cuerpo muerto fue llevado al sepulcro como a todos los difuntos se les conduce a la tumba. A él no lo pudieron terminar de enterrar porque no tuvieron tiempo: les faltó lavarlo, ungirlo con perfumes y colocarlo en el nicho; precisamente para hacer eso fueron al sepulcro las mujeres el primer día de la semana.

La situación que vivimos estos días puede ser como un sepulcro cerrado. Pero en el sepulcro de Cristo irrumpió la vida... y también en nuestro sacrificio y en nuestro dolor de hoy irrumpirá la vida nueva de Jesucristo que vence la oscuridad y la muerte.

Sigue a Jesús; confía en el Padre sin límites, en Dios que vive eternamente.

Decimoquinta Estación: Resurrección de Jesús

«¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí. Ha resucitado. Recordad cómo os habló estando todavía en Galilea, cuando dijo que el Hijo del hombre tiene que ser entregado en manos de hombres pecadores, ser crucificado y al tercer día resucitar». Y recordaron sus palabras. Habiendo vuelto del sepulcro, anunciaron todo esto a los Once y a todos los demás. (Lc. 24,5-9)

Cristo está vivo, Cristo ha resucitado. Dios lo resucitó. Éste es el mensaje gozoso que reciben los apóstoles y discípulos de Jesús al alborar el primer día de la semana. Éste es un mensaje gozoso también para todos nosotros. Cristo ha resucitado, está vivo. Ha salido victorioso de su muerte en la cruz. Y ha dejado el sepulcro vacío. Ha triunfado sobre la muerte y el pecado. Ha vencido, y su victoria es nuestra victoria. Y su triunfo, es nuestro triunfo. Y el motivo de nuestra alegría. Demos gracias a Dios porque en Cristo hemos sido redimidos y salvados. Porque en Él nos hemos incorporado a su triunfo. Porque Él es nuestro camino, nuestra verdad y nuestra vida. Seamos transmisores de esta gozosa noticia. Seamos sus discípulos y misioneros. Y con Él y en Él construyamos su Iglesia: la Iglesia triunfante y evangelizadora de Jesucristo.

Sigue a Jesús: Él vive y te quiere VIVO.

+++

En el camino hacia de preparación de la Cuaresma, y también ahora, antes de la Pascua, debemos aprender del amor y de la misericordia del mismo Jesús. Aunque cargaba una pesada cruz y desfallecía, Él consoló a los afligidos y a los prisioneros, soportó el sufrimiento pacientemente, perdonó injurias cuando dijo "Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen".

Los discípulos siguen los pasos de su maestro. Lo observan con atención. Le hacen preguntas. Lo miran y lo siguen. **Sigue a Jesús.**

“Oh María, tú resplandeces siempre en nuestro camino como signo de salvación y de esperanza.

Nosotros nos confiamos a ti, Salud de los enfermos, que bajo la cruz estuviste asociada al dolor de Jesús, manteniendo firme tu fe.

Tú, Salvación de todos los pueblos, sabes de qué tenemos necesidad y estamos seguros que proveerás, para que, como en Caná de Galilea, pueda volver la alegría y la fiesta después de este momento de prueba.

Ayúdanos, Madre del Divino Amor, a conformarnos a la voluntad del Padre y a hacer lo que nos dirá Jesús, quien ha tomado sobre sí nuestros sufrimientos y ha cargado nuestros dolores para conducirnos, a través de la cruz, a la alegría de la resurrección.

Bajo tu protección buscamos refugio, Santa Madre de Dios. No desprecies nuestras súplicas que estamos en la prueba y libéranos de todo pecado, o Virgen gloriosa y bendita”.